



Eucaristía de la Peregrinación diocesana al sepulcro de Santa Teresa de Jesús en el Jubileo Teresiano

Misa votiva de la fiesta de Santa Teresa

Lecturas: Efesios 1, 3-14. Leccionario I B, p. 320-321.

Salmo 41. Leccionario I B, p. 218-219.

Jn 7, 37-39. Leccionario I B, p. 264.

Queridos hermanos:

1. El Espíritu del Señor Resucitado nos ha convocado en torno al sepulcro de Santa Teresa de Jesús, en esta Iglesia del Monasterio de la Anunciación de Nuestra Señora, fundado por ella en el año 1571.

Hemos venido en **Peregrinación diocesana** para suplicar la gracia de la indulgencia plenaria y la renovación de nuestra vida en santidad en este Jubileo Teresiano Extraordinario de 2017 a 2018.

La peregrinación es un signo peculiar en el Año jubilar y tiene como meta la Puerta Santa, que es el símbolo de Cristo. Para llegar a la Puerta Santa y encontrar en Cristo la gracia de la misericordia debemos andar cada uno un camino físico y espiritual, con firme decisión, sacrificio y actitud de conversión. Para andar con fruto este camino hacia Jesucristo Santa Teresa solo nos pide que le miremos a él: *“Mirad que no está aguardando otra cosa... sino que le miremos”* (C. V. 26,3).

2. El Año Jubilar Teresiano de 2014 y 2015 orientó nuestra mirada hacia Jesucristo e iluminó, con la vida y la enseñanza Santa Teresa, el proceso de renovación espiritual, pastoral e institucional que habíamos iniciado con la convocatoria de una Asamblea Diocesana, el día 8 de septiembre de 2014. En el encuentro con Cristo hemos reconocido el fundamento para la transformación misionera e institucional, a las que nos llamaba el Papa Francisco.

En relación con la reforma espiritual, en octubre de 2014, al iniciar el Jubileo del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa, el Papa Francisco nos mostró **el camino de la alegría** como una de las formas de vivir la perfección en la santidad. Y nos recordó la exhortación de la Santa a “andar alegres sirviendo” (C. V. 18, 4), porque la verdadera santidad es alegría. Por su parte, nos comentó que los santos, antes que héroes esforzados, son fruto de la gracia de Dios a los hombres; y que cada santo nos manifiesta un rasgo del multiforme rostro de Dios. Santa Teresa nos muestra al Dios que es “soberana Majestad, eterna Sabiduría” (Poesía 2), y se hace cercano y compañero; que tiene sus delicias en conversar con los hombres y se alegra con



Carlos López Hernández

nosotros.

De esta experiencia le nacía a la Santa una alegría que no podía ocultar y transmitía a su alrededor. Una alegría no superficial y bullanguera, sino la que expresa el gozo interior del alma, y es humilde y “modesta” (cf. Fundaciones 12,1). Esta alegría no se alcanza por el atajo fácil que evita la renuncia, el sufrimiento o la cruz, sino que se encuentra padeciendo trabajos y dolores (cf. Vida 6,2; 30,8), mirando al Crucificado y buscando al Resucitado (cf. C. V. 26, 4). La alegría de santa Teresa consiste en “alegrarse que se alegren todos” (C.V. 30, 5).

Al clausurar aquel año jubilar pudimos dar gracias a Dios porque Santa Teresa nos había enseñado a buscar a Dios en la oración, a fijar la mirada en Cristo y ponerle siempre en el centro de nuestra vida, a ser apóstoles en la Iglesia y a caminar y morir como hijos de la Iglesia. Ser hijos de la Iglesia es andar siempre juntos y alegres con Cristo, amando y sirviendo a los hermanos (cf. C.V. 18, 4). En particular “los contemplativos han de llevar levantada la bandera de la humildad y sufrir cuantos golpes les dieran sin dar ninguno; porque su oficio es padecer como Cristo, llevar en alto la cruz, no la dejar de las manos por peligros en que se vean, ni que vean en él flaqueza en padecer; para eso les dan tan honroso oficio.” (C.V. 18, 5). Pero ya el apóstol Pedro había propuesto a todos los cristianos como ideal: “*estad alegres en la medida que compartís los sufrimientos de Cristo*” (1 Pe 4,13).

Hoy rogamos con Santa Teresa al Espíritu Santo que nos mantenga firmes, alegres y esperanzados en el camino de nuestra santificación y testimonio del Evangelio.

3. Este Año Jubilar Teresiano de 2017 y 2018 fortalece a la comunidad diocesana con un nuevo aliento de fe y de santidad en la actual etapa de aplicación de las Orientaciones de la Asamblea Diocesana. El encuentro con Cristo ha sido asumido como pedagogía diaria en los procesos catequéticos de la iniciación cristiana y de la iniciación a la oración, según la conocida descripción de Santa Teresa de Jesús: “Orar es tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama.” (Vida 8,5). Así pues, este actual Año Jubilar Teresiano está en armonía con el proceso pastoral diocesano y lo enriquece con la luz y la gracia de la misericordia, rasgo distintivo del discípulo de Jesucristo.

La comunión con Cristo en la Eucaristía ha de ser creadora de comunidades vivas y apostólicas, en las que sea posible a todos encontrar verdaderos oasis de misericordia, de reconciliación y de perdón mutuo. Estas comunidades-oasis serán el marco más adecuado para intensificar la celebración del sacramento de la reconciliación, de forma comunitaria e individual. Hacer posible la experiencia gozosa del perdón en medio de nuestra cultura de desierto, de aislamiento egoísta y de esterilidad espiritual, es una forma privilegiada de enriquecer la vida del hombre de hoy con la alegría del Amor salvador de Jesús, que se regala a los humildes de forma siempre inmerecida y gratuita.



Carlos López Hernández

En este Año Jubilar Teresiano nos sentimos además llamados por Santa Teresa y el Papa Francisco a acoger el amor misericordioso de Dios, que nos reconcilia, nos santifica y nos alienta a proseguir con renovado impulso en el camino de perfección en la santidad y en la misión.

4. Esta celebración jubilar es una **llamada a hacer memoria de la misericordia de Dios** en la vida e historia de salvación de cada uno. Con el texto de la carta a los Efesios, la memoria se convierte en acción de gracias y bendición a Dios Padre, que nos ha elegido y llenado de bendiciones en Cristo, *“para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor”*. Este es el destino que ha querido para sus hijos, hechos partícipes de la gracia de la adopción generosamente concedida por su Hijo Amado. *“En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados”*. En él nos ha dado *“a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar... en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra”*. En él hemos escuchado la palabra de la verdad, el evangelio de la salvación; y creyendo en él hemos sido *“marcados con el sello del Espíritu Santo prometido”*, que es la prenda de nuestra herencia definitiva.

El texto del Evangelio de Juan ha descrito la acción del Espíritu Santo en nosotros con el símbolo del agua viva, que Jesús prometió a la samaritana con estas palabras: *“El que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”* (Jn 4,14).

Con esta imagen del agua viva nos está hablando del Amor que Jesús comparte con el Padre, y que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, según la expresión de Pablo: *“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”* (Ro 5, 5).

Santa Teresa muestra su devoción por la escena evangélica de la Samaritana. *“¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Evangelio... Desde muy niña... suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua”*. (Vida 30, 19).

La sed es *“deseo de una cosa que nos hace gran falta, que si del todo nos falta nos mata”* (C.V. 19, 8). En relación con la sed del agua viva describe algunas etapas del proceso de la oración y del camino de perfección.

En el inicio es decisivo *“con qué sed se desea tener esta sed!”* (C.V. 19, 2). Pues llegar hasta la fuente requiere esfuerzo y sacrificio. Y, ante estas dificultades, algunos *“quieren más morir de sed que beber agua que tanto ha de costar”* (C.V. 19, 2).

“Los que comienzan a tener oración”, dice la Santa, *“son los que sacan agua del pozo... muy a su trabajo”*, porque *“han de cansarse en recoger los sentidos... estar en soledad, y... pensar su vida pasada”* (V 11, 9).



Carlos López Hernández

Los que con la oración de recogimiento “*se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, ... no dejará(n) de llegar a beber el agua de la fuente*” (C.V. 28, 5).

La oración de quietud y los gustos que Dios da en ella son descritos con la imagen de una pila o fuente hecha en el mismo nacimiento del agua, que se va llenando sin ningún ruido. El nacimiento del agua es Dios; y produce esta agua con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos (4 M 2, 2-4).

La Santa sabe bien que la falta de agua nos mata y con su exceso podemos morir ahogados. Y ella da rienda suelta a su deseo impetuoso de morir ahogada en el agua viva del amor de Dios: “*¡Oh Señor mío, y quien se viese tan engolfada en esta agua viva que se le acabase la vida!*” (C.V. 19, 8). Está “*abrasada con esta sed, y no puede llegar al agua*” ... *que dijo nuestro Señor a la Samaritana*” (6 M 11,5). Por ello, suplica con vehemencia: “*¡Oh Vida, que la dais a todos!; no me neguéis a mí esta agua dulcísima que prometéis a los que la quieren; yo la quiero, Señor, y la pido y vengo a Vos; no os escondáis, Señor, de mí, pues sabéis mi necesidad, y que es verdadera medicina del alma llagada por Vos... ¡Oh fuentes vivas de las llagas de mi Dios; cómo manaréis siempre con gran abundancia para nuestro mantenimiento*” (E 9, 2).

Mientras no ha llegado a la plena unión con Dios, Teresa ha anhelado “*morirse, por gozar de nuestro Señor*”. En las séptimas moradas, con el matrimonio espiritual, ya “*se dan las aguas a esta cierva que va herida (Sal 41,2) en abundancia*” (7 M 3, 13). Y el fruto es expresado así: “*ahora es tan grande el deseo que tiene de servirle, ... que no solo no desea morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos... su gloria tiene puesta en si pudiese ayudar en algo al Crucificado*”. Ya “*tiene (a Dios) consigo, y con aquello se contenta, y ofrece a su Majestad el querer vivir, como una ofrenda, la más costosa para ella, que le puede dar.*” (7 M 3,4).

5. En esta celebración jubilar acogemos especialmente con alegría la llamada a la santidad que nos ha dirigido el Papa Francisco, en su exhortación “Gaudete et exultate”, “Alegraos y regocijaos” (Mt 5,12). Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió “para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor” (Ef 1, 4).

Hoy de forma especial, nuestra santa patrona nos alienta y acompaña a todos los que constituimos “la clase media de la santidad”, junto con otros “santos de la puerta de al lado”. Pero el Señor nos llama **a cada uno por su camino, sin desalentarnos al contemplar el itinerario de santidad de Santa Teresa**. Su testimonio es útil para estimularnos y motivarnos, pero tal vez nos resulte inalcanzable. No se trata de imitar a Santa Teresa, sino de discernir a la luz de su testimonio y enseñanza el camino único y diferente que el Señor tiene pensado para cada uno de nosotros.

La santidad es vivir en unión con Jesucristo los misterios de su vida humana y las actitudes de su vida diaria, que fueron también el libro vivo en el que Santa Teresa



Carlos López Hernández

aprendió el camino de su perfección en la caridad. La santidad consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él. Esta Eucaristía jubilar es fuente de misericordia y de santidad, según el grado y medida en que la fuerza del Espíritu Santo modela nuestra vida a imagen de Jesucristo. Así, cada uno de nosotros estamos llamados a ser un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y envía al mundo.

Alba de Tormes, sábado 2 de junio de 2018